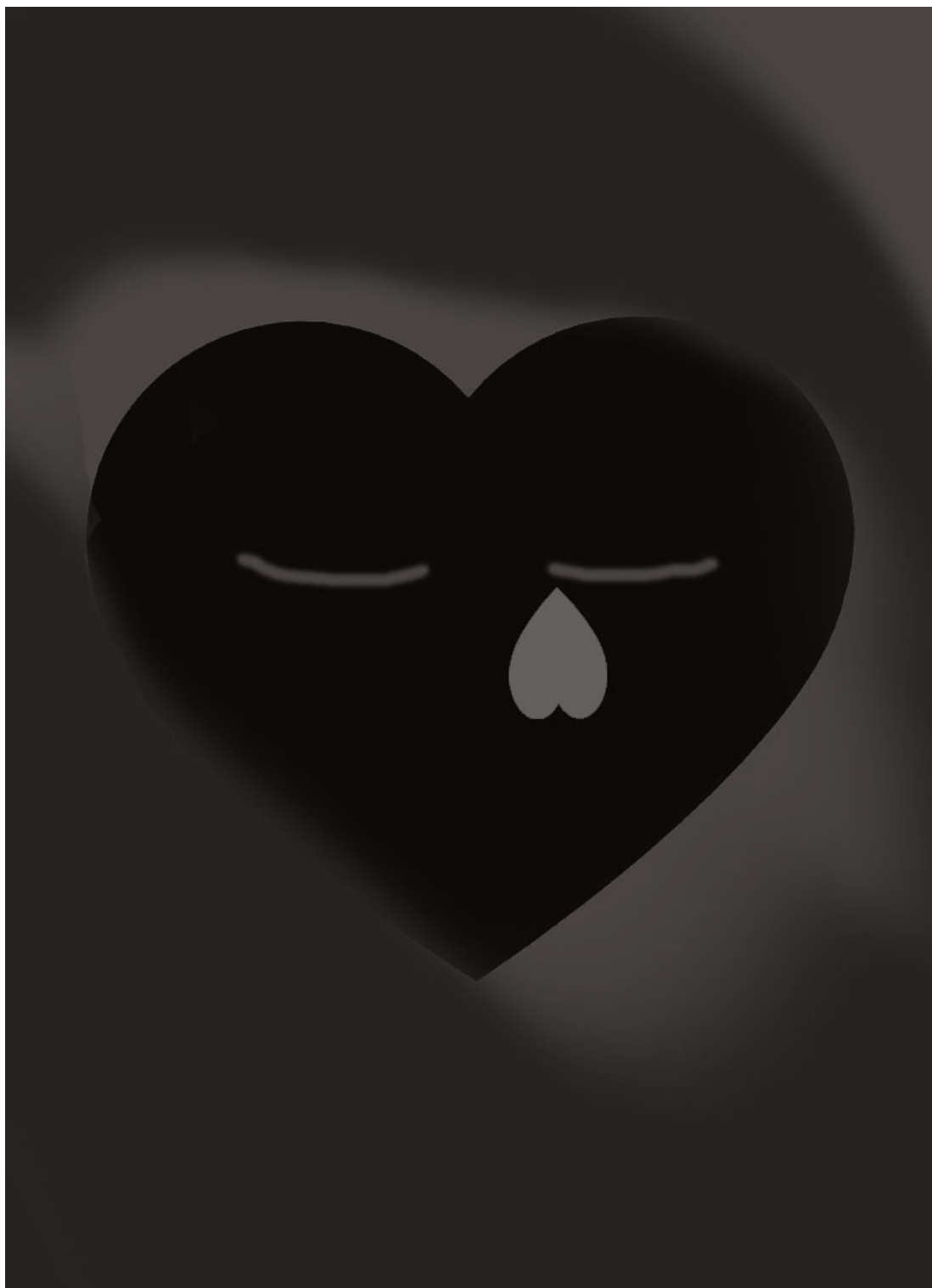


# Dulce niña, vuelve pronto

valentin Baraona Mancilla



## Capítulo 1

Apenas la flaca abrió los ojos, comenzó a añorar que llegase pronto la noche. Iba a juntarse con los cabros. Esperaba toda la semana a poder ir a la ciudad y verlos de nuevo. Sabía que de seguro buscarían la forma de correrle mano otra vez, pero a ella no le molestaba. Llevaban en eso casi cuatro años. Desde que cumplió los doce y antes de ellos, la compartía su padre con sus amigos.

A ella no le gustaba cuando lo hacía su papá. Era bruto y lo sentía tosco. Al final, quedaba siempre vacía y miserable, como si aquel tumulto de manos fuese el terremoto que en el 51 (1751), forzó al traslado de la ciudad de Concepción, dejando una sola estela de recuerdos en el baldío valle, que alguna vez fue capital.

Vagó mucho tiempo sola por los parques, buscando algo que atesorar. Como si en las marginales plazas de la gran ciudad, hubiera también una suerte podrida de belleza que encontrar. Así conoció a los cabros. Eran unos diez años mayores que ella. La trataron bien: le enseñaron a reír y a fumar, le dieron vino y compañía. Para cuando la empezaron a tocar, se sentía de una forma que nunca había experimentado. Por primera vez, no le resultó desagradable. Hasta creería que lo estaba disfrutando. "A todos los adultos les gustan las niñas como yo", pensó. "Y nada de malo hay en ello".

Las drogas se pasaron pronto y llegó de nuevo a su casa. Y en su casa, no tenía nada, y era muda, y aunque no lo fuese, no habría sabido cómo hablar, ni que decir. Fue a la alcoba de su padre, como sabía que debía hacer cada vez que llegaba a la casa y dejó que el chirrido de la vieja puerta al abrirse, hiciera de lamento por ella, que de tanto llorar hasta secársele los ojos, había aprendido que de nada servía.

Estaba lo suficientemente maltratada como para hallarse endurecida ante la vida, pero era aún, lo suficientemente niña e inocente, como para creer en los viejos cuentos de amor. Esos en los que al ras de una sonrisa, se esconde el bienestar. Ella quería ese amor y sabía qué es lo que los hombres querían, por lo que bien podría dejarse tocar, para encontrar aquello que buscaba: alguien que la escuche y que así, comprenda y comparta su angustia, para librarla de ella con el dulce encanto de un beso. Pero esos hombres que ella veía, viven en el silencio y el secretismo. Ellos prefieren no hablar mucho y no preguntan nunca demasiado. No querían escuchar. Preferían dejarle dinero o algo que fumar después de hacerlo, para que así se calmase y pudiera pensar que lo que había hecho, no había sido en vano. Ella, en infructuoso esfuerzo, intentaba convencerse de lo mismo. Solo hasta que notaba que, en sus cuentos, el amor no se acababa que, de lo que le habían dejado, ya no le

quedaba nada.

Al final del día, perdía siempre un poco de fe en su búsqueda, y se confortaba cada vez más, con el poco de confianza que le dejaba la comodidad de tener siempre algo que comer y algo con lo que escapar de su cabeza y soñar un poco más. En sus sueños, no estaba ahí. Bajo el encanto de Morfeo, no se encontraba en ningún lugar. Era una esfera de luz que iluminaba los oscuros corazones en su camino y, desde lo alto, vislumbraba la belleza en las praderas y los cálidos refugios que en los bosques se internaban. Donde la paz la invitaba a olvidarse del amor y del sexo y los lamentos que a lo lejos, en la urbe gritaban, como enaltecida protesta, que esta vez, esperaban no volver a despertar.